

Introducción

El tema de la conferencia de esta tarde, propuesto por el Profesor Abelardo Lobato, es de los más hermosos, profundos y excitantes que pueda haber, es decir la belleza. Me ha sido propuesto que hable no tanto de estética - la ciencia de la experiencia de lo bello como las artes nos lo proponen -, ni tampoco de filosofía del arte - el estudio de la actividad humana que produce obras de arte -, sino de la metafísica de la belleza. Sabemos todos que la palabra metafísica significa un pensamiento profundo y sistemático que intenta descubrir las raíces más profundas de todo. Aplicada la belleza significa analizar en qué consiste, descubrir sus causas y ver si todos los seres son bellos o participan de una cierta belleza.

Empleamos el término bello o hermoso para calificar la armonía y el esplendor que vemos en las cosas naturales, los paisajes, las plantas, los animales y el hombre mismo. Pero bello se dice también de obras de arte, como una sonata de Beethoven, un cuadro de Velázquez, el Don Quijote de Cervantes, la catedral de León o la plaza mayor de Salamanca. Se exalta la hermosura de la pintura y de la música, de la escultura o del arte fotográfico. En estos casos se trata de cosas materiales hermosas y lo bello se sitúa en el nivel de lo que perciben los sentidos. Pero hay otras bellezas.

En uno de sus escritos el filósofo positivista inglés Bertrand Russell exalta la hermosura de los teoremas matemáticos y escribe: "Cuando uno mira las fórmulas como conviene hacerlo, las ciencias matemáticas no solamente poseen verdad, sino también una belleza suprema, una belleza fría y austera

como la de una escultura, sin el encanto engañoso de la pintura o de la música. No obstante son capaces de una perfección superior que solamente las grandes obras de arte poseen. La verdadera felicidad, la exaltación, el sentido de ser más que humano son dados con las matemáticas".

Por interesante y significativo que sea prestar atención a la belleza de las matemáticas, podemos estar seguros de que también otros científicos se sentirán conmovidos por la belleza de sus invenciones y la elogiarán, por ejemplo la de las leyes físicas del cosmos que descubren; el filósofo hará gala de su experiencia cautivadora de las bellezas del mundo del pensamiento, mientras que el creyente y el místico exultan en la hermosura de la sabiduría divina.

Estas pretensiones tan variadas y divergentes nos obligan a instituir una reflexión sobre lo que es la belleza y su relación con las cosas.

A los orígenes de la filosofía de la belleza

Los pensadores griegos de la antigüedad han prestado mucha atención al estudio de la belleza. Pitágoras insistía en la importancia de la simetría para que algo fuese bello. Demócrito, el fundador del atomismo filosófico, subrayó que para que sea hermosa, una cosa debe ser bien equilibrada. Para Platón la belleza es una de las ideas o formas principales y un principio trascendental. Llamó también la atención sobre la belleza de una conducta virtuosa. Tomando como punto de partida la experiencia de la belleza de las cosas materiales, nos invita a ascender pasando por el cuerpo humano y la belleza de los actos virtuosos a la Belleza misma. "¡Cuán magnífico será, para una persona, si le es dado ver la Belleza ya no bajo el velo de la materia, sino en la verdad de su naturaleza!"¹. Es evidente que Platón consideraba la belleza en nuestro mundo como una participación de la Forma inmóvil y eterna de lo bello, que según él está unida a la idea del Bien, hasta el punto de identificarse con ella². Es notable que en cuanto a su calificación de las acciones virtuosas, los griegos solían combinar los adjetivos "bueno" y "bello" hablando de "kalós-kagathós" Para los pensadores griegos la aspiración a la belleza era un factor decisivo en la educación y en la cultura.

Aristóteles parte de la experiencia cotidiana en su definición de la hermosura: se llama bello lo que agrada cuando se lo ve³, - definición que constituirá el punto de partida del análisis de Santo Tomás de Aquino. Menciona tres propiedades o requisitos del bello: la armonía o consonancia de sus partes, un cierto resplandor o una cierta claridad, y finalmente el objeto bello debe ser íntegro y no demasiado pequeño⁴. Asoció la belleza con lo divino, es decir con lo más excelente⁵. Describe lo bello como lo agradable y lo que es deseado por sí mismo.

¹ *Simposio* 211 D.

² *Timeo* 87 C.

³ *De generatione animalium* 731^b25 (Jð o*b).

⁴ *Metafísica* 1078^a36; *Poética* 1450^a37.

⁵ *De generatione animalium* 731^b25; *Metafísica* 1072^b32.